

# **FAMILIAS**

Luis Tarrafeta

## CAPÍTULO + 1

Se llama Ángel.

Verónica me emboscó en mitad del flan hace unos meses. Quería *discutir más eso del nombre*. Pero esta vez no. "Se llama Ángel", le vocalicé como si fuera la funcionaria menos lista del registro. Ella asintió, se fue a la cama sin dar ni las buenas noches y luego tuvo un antojo de higos a las tres de la mañana. No era época de higos ni de antojos, pero me puse los pantalones y salí. Había ganado. Se llamaría Ángel.

Y ahí está, durmiendo su primer sueño.

Ahora que estamos tan en los ochenta, dicen las revistas que los padres a la última, ya no sólo hablan inglés, también están en la sala durante el parto. Y casualmente sucede que mi mujer es una madre a la última. Así que me ha resultado imposible declinar la invitación al espectáculo de fluidos de esta noche. Me he tragado, sin saber a cuento de qué, pero con la mejor cara posible, todo el olor dulce e inconfundible. Y he sostenido la mano de Verónica, crispada de dolor, marcando cada hueso, mientras los demás hacían cosas que servían para algo.

Pero ya está. Ya tenemos nuestra propia miniatura de ser humano en la que proyectarnos. Tres kilos doscientos. Se llama Ángel.

En la maternidad todo el mundo duerme aún. Verónica, el crío, la chica gitana y sola... Las últimas horas han sido como cuando hacia de imaginaria. Vaya, salvo porque me he escondido en el lavabo para fumar. Pero amanece, y ya se oyen pasos de enfermeras y rodar de carritos. El día que ahora empieza será largo. En realidad a mí me empezó ayer, y era como cualquier otra mierda de día hasta que Verónica me llamó al periódico. Y tuve que salir con la mirada de Formosa clavada en la nuca. Como si por no trabajar me inventara hasta los partos. Gilipollas.

En fin. Qué más da.

No son ni las ocho cuando se abre la puerta. Pero en lugar de la chavalita en bata blanca que esperaba, aparece la figura escueta de mi madre.

Se abalanza sobre mí con un grito de "cariño" en el que cada vocal debe durar como diez segundos. Yo le devuelvo el abrazo intentando no hacer ruido.

-Sssshh... -le digo,- que los vas a despertar.

-Ay, hijo, ¿y quién quiere dormir en un día como este?

-Pues igual esa gente que ha pasado la noche entre contracciones y dolores inenarrables.

-Déjalo, cariño, ya estoy despierta - dice Verónica bostezando- Buenos días, Teresa, ¿qué tal?

-Ay... ¿Cómo que qué tal? ¿Cómo estás tú, bonita? - y se vuelca también sobre Verónica mientras yo envío un - Bueno, ¿y de despertar el crío qué?- que no parece llegar a nadie.

-Bien, bien, todo ha ido sin problemas esta vez - le responde la madre devolviéndole el abrazo con debilidad.

-¿Dónde esta el chiquitín?

-Ahí en esa especie de cuna.

-Cosita...

-No lo cojas ahora, mamá, que está dormido -, le advierto.

Pero ella mira a Verónica con ojos de pedir, y la otra se encoge de hombros. Como luego me pregunte que por qué le he dejado, la tenemos.

Aunque hay que reconocer que la mujer se da maña cogiendo niños y el crío ni se despierta. Cuando lo tiene en brazos le hace la señal de la cruz sobre la frente y lo besa.

-Al final ha sido uno sólo- le dice a Verónica -tendrías que haber comido plátanos de los dobles-.

-Con uno nos vale, Teresa, puedes creerme.

-Sí, pero claro, a tu edad ya si no...

-Quieres hacer el favor de callarte, mamá- interrumpo en seguida viéndomela venir. Pero he subido algo el tono y la chica gitana me mira con aspereza un segundo, para luego girarse en su cama y hacer como que duerme, o tal vez intentarlo.

-Ay, hijo, qué carácter tienes...- dice mi madre, mientras Verónica me pide con un gesto disimulado de su mano que me calme.

Entonces mi madre mece a Ángel suavemente y le besa la frente. -Jesusico, bonito, que ganas teníamos de que vinieras ya-.

Verónica y yo cruzamos miradas con los ojos como sombrillas y, por unos segundos, no sabemos reaccionar.

-El niño no se llama Jesús...- termina por decir Verónica.

-¿Cómo que no?.

-Como que no- le digo.

-Pero habíais decidido que se llamaría así.

-Eso lo decidimos la otra vez, Mamá.

-Queríais que se llamara como tu padre y como tú.

-No pudo ser.

-Pero si...- empieza a decir ella.

-Jesús murió, Teresa-. Corto en seco-. Déjalo ya.

Las lágrimas asoman en los ojos de mi madre. Y ya se ha liado. Bravo. Entre todos lo hemos conseguido. El niño se despierta y, como por simpatía con los brazos que lo llevan, empieza a llorar él también. Mi madre lo arrulla, o se arrulla a sí misma a través de él, quien sabe, y cierra los ojos, como intentando quedarse a solas con mi hijo.

-Tú, desde luego, nunca te has caído de morros, ¿verdad?- me dice Verónica con esa respiración lenta que, en su caso, suele preceder al dramatismo de folletín.

Para ver si me dejan un poco en paz, me dedico a mirar por la ventana. Una ambulancia que venía de urgencia ha parado en el cruce y ha terminado apagando las sirenas.

-¿Y cómo se va a llamar entonces?- dice al cabo de un rato.

-Pues habíamos pensado que Ángel...- responde, Verónica.

-¿Ángel?

-A Jesús le ha dado muy fuerte con ese nombre, ¿sabes?

Mi madre me pone la misma cara que cuando le dije "Verónica es divorciada". Y, dicho sea de paso, hoy no estoy para chorradas.

-Me gusta Ángel, ¿qué pasa?

Como toda respuesta, deja al niño en los brazos de su madre y, cabizbaja, empieza a frotarse la cicatriz de la mano derecha. Eso ya es demasiado para mí.

-Me voy a fumar- les digo.

La puerta, se cerrará sola.

## CAPÍTULO -1

Hasta que por fin empezó a clarear, y escuché el ruido de los tanques.

Tú dormías aún contra mi pecho.

*(Sí... lo recuerdo ahora. Tu cuerpo, que me tuvo protegido del frío y la humedad).*

Yo estaba agotada y me dolía todo. No conseguía pensar en nada, como cuando se tiene calentura. Una vez tras otra, le preguntaba a Nuestro Señor Jesucristo qué podíamos hacer. Una vez tras otra. Porque yo en el fondo sabía que nos iba salvar, que no permitiría que nuestra familia entera desapareciera así.

*(Sobre todo porque tu serías capaz de arreglar el mundo allí donde tu dios no fuera generoso o competente...)*

Y así fue. Entre el ruido de los tanques, escuché la voz de Amihan diciéndome: "Te he tendido esta cuerda, agárrala".

*(Sin embargo, tú no tenías forma de saber quién había fuera...)*

Te dejé en el suelo, sentadito de cara a la pared, para que no vieras nada.

*(Repetías constantemente que te debía obedecer, que me estuviera quieto, que no mirara, que no hablara).*

E intenté levantarme. Tenía todo el cuerpo entumecido, una sed tremenda, y se me estaba poniendo fea la herida de la mano. Recuerdo que hasta me mareé un poco al verla, no te digo más.

*(Yo no te obedecía. De hecho recuerdo mirarte. Ver cómo te santiguabas, una vez tras otra, una vez tras otra, conjurándote la buena suerte antes de salir).*

Intenté trepar por aquella pared que era como de arcilla. Pero no había manera. No encontraba donde apoyarme. Me resbalaba. Y como además sólo podía usar la mano izquierda, empecé a creer que no lo conseguiría.

*(Sólo esa vez te he oído blasfemar).*

Y si no hubieses estado tú allí, no hubiera podido. Tú me diste el motivo para hacerlo.

*(...y sé que eres sincera, madre).*

Estirándome entera, apenas alcanzaba a asomar las manos. Necesitaba apoyarme en algo. Así que recurrí... a lo único a lo que podía recurrir.

*(Yo todavía te miraba...)*

Que el Señor interceda en mi nombre cuando Hukluban me pida cuentas por aquello.

*(...pero cuando te vi arrastrarlos, apilarlos... me aterroricé. Me aterrorizaste. Hundí la cabeza entre los brazos y hubiera querido no sacarla más).*

¿Pero qué podía hacer si no?

*(Nadie te culpa).*

El caso es que iba a salir, pero entonces pensé "Teresa, y una vez arriba ¿cómo sacas al crío?" Más vale que me di cuenta a tiempo. Se me ocurrió atar varias de las cuerdas para hacer una larga y tirar de ti. Menudas náuseas pasé mientras rebuscaba. Pero tuve suerte y encontré pronto tres o cuatro en buen estado. Las até entre ellas y después amarré un cabo a tu cintura y el otro a la mía. Así, con nudos en la cintura.

*(...en el ombligo).*

Y me puse a trepar. Y esta vez sí. Gracias a... los apoyos, conseguí hincar los codos fuera. Un último impulso

*(...que sonó como un crujido blando).*

y saqué un pie. Después la rodilla. Y estaba fuera. No me lo podía creer. Estaba fuera. Tomé aire. Aire limpio.

Miré a mi alrededor y me hice una idea de dónde estábamos. Por donde la estación, a la otra orilla del Pasig. Y el ruido no era sólo de tanques. Había un convoy entero en marcha.

*(Ahí sí que debiste respirar. Cuando viste que las banderas no eran imperiales).*

Me volví en seguida hacia la fosa.

Te vi al fondo, encogidito y temblando, pobre. Di unos cuantos meneos a la cuerda para que te agarraras.

Me faltaban fuerzas y me sobraban dolores para sacarte de allí a pulso. Así que me tumbé, separé bien las piernas y clavé los talones en la tierra. Empecé a tirar de la cuerda con el brazo bueno, a enrollarla en el inútil.

*(...que ahora se me antoja crispado de dolor, marcando cada hueso...)*

Hasta que asomó tu cabecita. Estabas pálido, pálido, y muy sucio. Saqué fuerzas no sé ni de donde para cargarte en brazos

*(...como lo hubieras hecho con un bebé).*

y llevarte hasta el camino.

Yo les llamaba a gritos, pero nadie me oía. Qué rabia me daba. A María Makiling le reproché "¿Cómo puedes estar dando la espalda a un niño?". ¿Y sabes qué hizo ella? Hizo asomarse a uno de los soldados de su tanque. Un hombre que nos hacía gestos con la mano, señalando un camión de la Cruz Roja que venía tras ellos.

Cuando llegamos, un soldado muy joven, un chavalillo en realidad, nos ayudo a subir en él. Nos dieron una lata de agua, que te juro que en la vida me ha sabido más buena. Y nos taparon con una manta seca y limpia.

*(Eso lo sé yo mejor que tú. La lata era como de litro, dos pintas seguramente, y tenía el sello de la marina, estadounidense. La manta era a cuadros escoceses y con flecos).*

Me dijeron muchas cosas, pero hasta entonces yo siempre me había negado a hablar inglés. Repetían lo mismo más despacio y más alto, haciendo gestos. Al final señalé al foso, y un motorista salió hacia allí.

Luego llamaron a una enfermera *tisoy*.

*(Era muy guapa. Tenía una sonrisa enorme, y le faltaban el primer y el tercer botón de la bata).*

Nos sacaron una foto.

*(Sí. Jerry Harman de la Army Corps. Pero no la verás nunca).*

Mientras me hacían montones de preguntas.

*(Ella me pasó la mano por el pelo "¿Y cómo se llama este niño tan guapo?" preguntó).*

Con la tisooy haciendo de traductora.

*("Jesús" contestaste tú adelantándote a mi respuesta).*

Y fue entonces, cuando ya habíamos pasado lo peor, cuando te echaste a llorar.

## CAPÍTULO +2

Me despierto en plena noche, y solo en la cama. ¿Verónica? Estará dándole pecho al niño. Las manillas fosforescentes del despertador marcan las dos menos algo con sonrisa burlona. Bueno, mañana llegaré hecho polvo al periódico, no haré nada y le daré más motivos al imbécil de Formosa para despedirme. Pero aún así me levanto.

Los encuentro a los dos en el sofá, como esperaba.

-No hacía falta que te vinieras al salón. Podías haberle dado en la cama.

-Pues seguramente sí. Porque como a ti nada te despierta.

-¿Ha llorado?

-¿Tú qué crees?

-Cariño, si pudiera darle el pecho yo, créeme que lo haría.

-Mira, déjalo. Hazme caso.

Me enciendo un cigarro y me siento en la butaca frente a ellos. Aparto con los pies las cajas de regalos que hay sobre la mesa y los dejo apoyados. No pesan nada. Será todo ropa de bebé.

-Al final no me enseñaste lo que trajo mi madre.

-¿No? Pues estará por ahí. Es una cajita verde.

Me incorporo un poco, sin levantarme del sillón, para buscarlo.

-Pues no lo veo. ¿Qué era?

-Un colgante. Muy mono.

-Con algún tipo de poder místico, seguro.

-Sí, una Virgen y un niño Jesús.

-¿Un niño *Jesús*?

-Dice que quiere que se lo pongamos en el bautizo.

-Pero si tú no querías bautizarlo.

-No. O sí. Yo qué sé.

-Bueno, más que nada que a la mujer le damos un disgusto si no lo hacemos.

-También le disgusta que se llame Ángel.

-Se llama Ángel.

-Sí, sí, sí... Se llama Ángel. Lo que no entiendo tu... obcecación con ese nombre.

-¿Qué pasa? Me gusta.

-Y tanto. Como que ni siquiera me tuviste en cuenta.

-Sí. Esta vez me tuve en cuenta a mí. Para variar.

Ella cierra los ojos un segundo, se cambia al niño de pecho despacio y contesta contenida.

-Quiero que sepas que considero injusto lo que me has dicho y que me ha dolido.

-No. No sigas por ahí. No me pongas esa voz.

-¿Y qué hay en mi voz que te haga sentir tan inseguro?



-Verónica, por favor, si vamos a tenerla, la tenemos. Pero mantente alejada de ese rollo psicológico barato.

-Vete a la mierda.

-Eso está mejor, ¿ves?- Le digo con sonrisa de vendedor de enciclopedias y me enciendo el segundo con la colilla del primero.

-Y no fumes delante del niño, joder.

Me trago el humo de la siguiente calada. Voy a la ventana, apago la primera colilla en el platito con ajos que hay en la repisa y echo el humo fuera.

-¿Entonces dónde está el regalo de mi madre?

-Estará por ahí. Yo qué sé.

-Verónica, tarde o temprano voy a verlo.

-En el primer cajón del buró.

Al abrirlo encuentro una cajita de terciopelo verde.

-Por lo visto está hecho de encargo- comenta Verónica. Dentro hay una cadena de oro con un colgante de los que se abren. Seguro que hay un nombre para eso. Está grabado.

-Con la Virgen y el Niño, como no- continúa.

En realidad no es la Virgen, sino María Makiling. El de dentro, sin embargo, sí que es el niño. Hay también una inscripción "Para Jesús, de su abuela".

-Me cago en la vieja, joder.

-Jesús, no hables así de tu madre.

-¿Pero tu has leído la inscripción?

-Hombre. La mujer lo hizo con toda su buena intención. Ella no sabía...

-¡No quería saber!

-Ni tú le dijiste nada.

-Estaba claro que no se iba a llamar Jesús.

-Podíamos haberlo hecho.

-No. No podíamos.

-No llegó a nacer.

-Ya era nuestro hijo.

-Pero no llegó a nacer.

-Es una cuestión de respeto.

-Y yo estoy de acuerdo contigo y lo sabes. Pero la mujer debió imaginarse que...

-Claro. Es que es eso. Se imagina las cosas. Constantemente.

Verónica arrulla al niño para dormirlo, y yo tiro la primera colilla por la ventana y continúo.

-La mujer se monta una película, y luego coge y se la cree.

-Eso lo hacemos todos...

-Muy bien. Continúa con tu apología del autoengaño, anda.

-Yo sólo digo que es muy normal que...

-Lo que no me parece normal es su manera de imponerse a los demás, Verónica.

-¿Como que no, Jesús? Todos lo intentamos. Yo misma. Y tú. Empezando por los artículos que escribes para el periódico, sin ir más lejos...

-Verónica, joder, no compares- le digo señalando a la ventana - Si tenemos cabezas de ajo en las repisas. En nuestra propia casa.

-¿Pero qué te pasa con ella últimamente? ¿Por qué la odias tanto?

-No me vengas con eso ahora. ¿Qué la voy a odiar?

Apago la segunda colilla sobre una cabeza de ajo, y cierro la ventana.

-Es mi madre, joder. La adoro. Si hasta me salvó la vida. ¿Recuerdas?- Le digo señalando mi mano sin cicatrices.

-Joder, Jesús. Lo tengo totalmente presente. Os he escuchado a los dos contar, en estéreo por cierto, en cada cena de navidad desde hace cinco años.

-Pues sí, en estéreo. Y la volverás a oír seguro. Porque es nuestra puta historia, ¿entiendes?

Ahora se queda en silencio, con los ojos brillantes, y eso me mata.

Me siento a su lado y le paso la mano por el pelo muy despacio.

-Perdona. Ya sabes que últimamente llevo mucho estrés encima. En el periódico hablan de despidos, justo ahora que llega Ángel... Y claro, luego viene la mujer con sus histerias que a mí me...

-Te juro que no entiendo lo tuyo con tu madre.

-¿El qué? Tengo una deuda inmensa con ella. Eso es todo.

-Lo no entiendo es que no puedas vivir con ello.

Y entonces aparta la cabeza de mi mano, se levanta y, al salir del salón, apaga la luz.

## CAPÍTULO -2

De manera que los dos sobrevivimos.

*(...joder...)*

Pero yo no lo sabía.

*(...joder, mamá...)*

Al poco los soldados japoneses se asomaron para darnos los tiros de gracia.

*(...tengo que esconder la foto...)*

Aguanté la respiración mientras ellos repartían disparos aquí y allá, por donde veían movimiento.

Aún así, me volvieron a disparar. Esta vez aquí, en la mandíbula. Y por eso tengo como un alambre atravesado cuando llega el invierno. Así me recuerda Dios Todopoderoso que tuve un marido y que tuve otros hijos.

*(...que nos quedamos tú y yo solos como madre e hijo).*

En ti, sin embargo, ni se fijaron. María Malaking, que cuida de los niños, distrajo sus ojos para que no te vieran.

*(Debía de ser difícil verme. Un niño pequeño, inconsciente entre todos los demás cuerpos...).*

Yo estaba perdida y no tenía noción. Pero debían de ser como las siete, así que iba a anochecer. No te puedes acordar, claro,

*(¿Claro?).*

pero allí en Filipinas, anochece rapidísimo. Mucho más que aquí. En a penas quince minutos, ya es noche cerrada. Así que los japoneses se marcharon en seguida.

De todas maneras yo tenía tanto miedo a que quedase alguno, que seguía quieta quieta. Estuve así mucho rato. No sé decirte ni cuanto. Pero al final, fíjate como son las cosas, lo que me pudo fue la sed. Me levanté porque tenía que beber.

Me solté la venda de los ojos. Pero como si no, porque seguía sin ver nada. Al principio me pregunté si aquello no sería el infierno Kasanaan. Pero no podía ser, porque me dolían un horror la mano y la mandíbula. Y, sobre todo, porque estaba sola.

Sola.

A penas podía entenderlo aún.

Le dije a Dios, le dije "Bathala, ¿por qué no me has llevado a mí también?"

¿Y sabes cómo me respondió?

*(...haciéndome llorar).*

Haciéndote llorar.

Te oí gimiendo, suavemente, junto a mí.

Te llamé en voz baja, por si acaso había alguien, "¿Jesús? ¿Estás ahí, Jesusito?"

En aquel agujero y tan de noche, yo estaba como ciega. Y, como ciega, te buscaba con la mano.

*(Hoy he recordado que, al oírte, me escurrí como pude de bajo el cuerpo de mi padre, y gateé hasta ti).*

Hasta que, por fin, encontré tu cabecita.

*(Me palpaste con ansia al principio. Luego más despacio. Y al final tu mano cayó muerta unos segundos).*

Te reconocí.

*(Me agarraste con fuerza).*

¡Qué alegría cuando comprendí que estabas vivo! Te cogí en mis brazos.

*(“¿Lo ves, Jesús, lo ves? Mamá no ha dejado que te hicieran daño esos hombres malos” me decías una vez tras otra).*

Estaba convencida de que iba a perder la mano. Pero me era igual, si con eso te había salvado la vida, cariño.

*(Una, dos y...: “Claro que, al mismo tiempo, tú...”)*

Claro que, al mismo tiempo, tú salvaste la mía. Si no hubieses estado allí, ten por seguro que me hubiera dejado morir junto a vosotros.

*(“...junto a vosotros”. Te lo he oído tantas y tantas y tantas veces. Me pregunto cuántas te lo habrás dicho a ti misma. Cuántas la habrás recreado ese momento en tu memoria).*

Pero no sabía qué hacer. Por una parte, quería salir de allí. Escapar como fuera. Por otra parte, ¿a dónde ir? Ni siquiera sabía dónde estaba.

Entonces escuché cantar al Tiktik.

*(...que es quien anuncia la llegada del Asuang. Acongojaste mi infancia con sus leyendas).*

Estaba aterrada. Si venía, y acabaría viniendo, a comerse los hígados de los muertos, ¿qué podía hacer yo? No tenía ni un miserable diente de ajo.

¿Y sabes qué?

¡Se me apareció el *multo* de tu padre! Me dijo “Escóndete en aquella esquina, Teresa, y reza cien avemarías. Así estarás a salvo”.

Le di las gracias, sí. Eso fue todo. Pero no le dije que lo quería de puro confundida que estaba. Si seré tonta. Jesús debe andar desde entonces esperando oírlo. Aunque me vea y sepa que rechacé a los demás, se lo tenía que haber dicho... Pobre hombre, también yo...

Pero bueno, lo que te decía. El caso es que me fui hacia la esquina, y despejé un lugar para escondernos. Fue muy horrible apartar aquellos cuerpos, porque eran todos de amigos. No sabía quien era cada cual, pero eran amigos.

*(Me pregunto si llegaste a reconocer a tus propios hijos...)*

Y me senté contigo.

*(...acunándome)*

Te abracé con fuerza,

*(...casi con rabia)*

y empecé a rezar sin parar, sin parar. Me tranquilizó mucho tenerte ahí.

Luego caí en la cuenta de que debías haberte saltado por lo menos dos tomas.

*(Te dije que tenía hambre).*

Ni me acordaba desde cuando no habías comido, pobrecito.

*(Y tu me hiciste un "Sssshhh... No hables").*

Y te di de mamar.

*(Yo me agarré a tu pecho y bebí. Bebí hasta dejarte seca).*

Pero yo ya no hacía mucha leche, y tenía demasiada sed. Si no conseguía agua pronto, igual no podía darte más tomas. Así que, como no tenía otra cosa, bebí agua de un charco. Muy poca, pero estaba tan asquerosa que casi vomito.

Después te arrullé hasta dormirte. Pero yo no pude.

Así que me pasé la noche rezando, no cien, yo creo que debieron ser cien mil avemarías.

No se acababa nunca aquella noche...

### CAPÍTULO +3

Después de la bronca con Verónica no he conseguido dormir. Y eso que en su día tuve la prudencia de comprar un sofá bien cómodo. Pero me ha desvelado toda una memoria de sensaciones. De cosas antiguas que se me remueven.

Al llegar al curro esta mañana, le he dicho a Trujillo que necesitaba documentarme para un artículo. "Ya sabes, por todo esto de que vamos a entrar en la OTAN". Él me ha dicho "desde luego". Es demasiado buen tío este Trujillo, no sabe ocultar las cosas. Y cuando ya estaba saliendo por la puerta me ha advertido "Formosa vendrá a mediodía. Estate aquí para entonces, ¿vale?". Le he dado las gracias y he salido hacia la hemeroteca de Alcalá.

Buscar entre los periódicos viejos resulta inquietante. Supone sumergirse con demasiado detalle en la memoria colectiva, o social, o de comunidad, si se prefiere. Y es que esa memoria, al igual que la de cada persona, día a día se va modificando y reescribiendo. Va acomodando lo ocurrido al momento en que se vive. Resaltando lo que se quiere recordar, recreando sólo lo adecuado, se conforma un pasado concreto. Un pasado elegido de entre todos los posibles pasados o de ninguno.

Pero es inquietante, digo, porque también en estas profundidades se esconden criaturas abisales. Viven en silencio. Pueden permanecer ocultas el tiempo que haga falta, sin que jamás tengamos conciencia de ellas. Pero si uno se pone la escafandra y se aventura a bajar, entonces corre el riesgo de encontrarse con alguna. Criaturas que cuestionan con sus formas monstruosas cuanto creíamos saber. Destrozando a mordiscos nuestro pasado elegido.

Y yo acabo de encontrarme con la mía propia. Me mira desde una publicación de la Cruz Roja con sus ojos sin párpados y sus dientes de aguja. Una foto de dos refugiados. Una mujer y niño que no es ningún bebé, debe tener unos cuatro años. La firma un tal Jerry Harman de la Army Corps. Y por unos segundos, me flaquean las piernas.

Con el pulso acelerado y la revista quemándome la piel bajo la camisa, salgo de la biblioteca. Por suerte nadie se da cuenta, y me meto en el coche para salir disparado de allí.

La lluvia, el imbécil de Formosa, incluso el volante entre mis manos, todo tiene poco de real mientras los recuerdos se me agolpan. Pero el puzzle está aún muy incompleto, y necesito acabarlo. Entenderlo todo, y sacar de una vez toda esta mala hostia.

Teresa abre la puerta asustada por mis golpes.

-¿Qué te pasa cariño?

-Al salón.

-¿Pero que te pasa?

-Sienta.

-¿A que viene todo esto?

-Cuéntame otra vez, con todos los detalles, qué ocurrió exactamente cuando escapamos de Manila.

-Si ya lo sabes todo, hijo.

-Pero quiero que me lo cuentes otra vez, Teresa. -Ella me mira como a un desconocido y parece que va a decir algo. No le doy la opción- Y ten en cuenta una cosa. Ten en cuenta que a veces los niños recuerdan incluso lo que no comprenden. Y que lo pueden guardar hasta que llega el momento de entenderlo y de actuar en consecuencia.

- Si no tengo ningún problema. Te lo contaré exactamente tal y como lo recuerdo. ¿De acuerdo? Pero tranquilízate, hijo.

-No te interrumpiré.

Entonces ella agacha la cabeza, se acaricia la cicatriz de la mano derecha y empieza a hablar.

### CAPÍTULO -3

Tengo que reconocer que para entonces, ya habíamos oído algunos rumores. Hablaban de un tiroteo sobre civiles en el barrio de Pasay, varias violaciones en Malate... pero aún así nos cogió de sorpresa. Creíamos que sólo habían sido barbaridades sueltas.

*(Tú contándote mentiras, claro está, como siempre).*

Que un grupo de soldados aquí o allá había perdido la cabeza porque estaban perdiendo la guerra. Y creíamos, fíjate si éramos tontos, que no vendrían a Intramuros. Que esa mala temporada pasaría y ya está. Que podríamos seguir con nuestra vida como antes. Ya ves tú qué ingenuos éramos. En sólo un mes, los americanos arruinaron la ciudad, y los japoneses las familias.

*(De ambas cosas sólo quedaron ruinas irreconocibles. Como tú y yo, por ejemplo).*

Pero Jesucristo nuestro Señor, tenía otro plan para nosotros. Y nos sacó de allí antes de que llegara lo peor.

*(Y tanto que lo peor estaba por llegar. En los libros y libros que he leído sobre McArthur e Iwabuchi lo dejan claro. De habernos quedado dentro, estaríamos también muertos).*

Era el seis de febrero y nos estaban sirviendo la cena. De pronto, oímos como un trompazo. Un golpe que rompía la puerta de nuestra casa en Basco. En ese momento, cinco o seis soldados entraron ahí, y se plantaron delante de nosotros, apuntándonos con sus fusiles. Nos quedamos de piedra. Todavía puedo ver a Jesús, tu padre, con la cuchara como helada frente a la boca.

Luego nos hicieron gestos para que nos levantáramos. Yo supe que la desgracia había caído sobre nosotros porque miré a los ojos al que tenía más cerca y mi reflejo estaba del revés.

A tu padre le ataron las manos en la espalda

*(...como hacían con todos los hombres)*

y a tus hermanos Daniel y Julián, aunque no eran más que niños, también. A mí me dejaron las manos libres, para que te llevara en brazos.

Nos sacaron a empujones hasta la plaza. Frente al pórtico de San Agustín estaban ya algunos de nuestros vecinos. En filas de hombres, mujeres y niños. Varios soldados vigilaban que nadie se escapara y otros dos grupos iban sacando al resto al patio.

Pascual, el de Tabacos, intentó avisar a los que seguían en sus casas. "Escondéos" o algo así, gritó. Inmediatamente, uno de esos demonios, porque no eran ni personas, le sacó de la fila, lo puso frente a todos nosotros y le abrió la cabeza de un tiro. Luego nos gritó algo en japonés, y ya nadie dijo nada.

Por la calle General Luna apareció un camión de militares. Recuerdo que tu padre os miró a los tres, uno por uno, y después a



mí. ¡Qué hombre era Jesús! ¡Con qué ojos miraba! Y yo se los mantuve a él, con el mismo orgullo.

*(Agachó la cabeza y se encontró conmigo. Y lo ví llorar. Lo recuerdo porque yo no sabía ni que los hombres podían. ¿Ves cómo te mientes, loca?).*

El camión paró frente a nosotros. Nos empujaron uno por uno para adentro.

Aprovechando un descuido, el hijo de la Cecilia, ¿cómo se llamaba aquel muchacho?, ay... no recuerdo. Bueno, el caso es que el chico se intentó escapar. Echó a correr hacia las callejas de detrás, hacia Urdaneta y por ahí. Un soldado salió a cerrarle el camino. El chaval lo esquivó, pero el pobre, con las manos atadas no tenía mucho equilibrio. Se dio de bruces con el suelo. Un golpazo... Intentó levantarse rápidamente, pero estaba medio grogui, con la cara entera ensangrentada. Y entonces el soldado llegó y le aplastó la cabeza contra el suelo, así, de un pisotón que dolía sólo de verlo. Luego le metió la bayoneta en el costado y lo dejó ahí, sin más, desangrándose.

Como gritaba la Cecilia...

*(Es cierto... Y también lo hacía el chico).*

Mientras, a los demás nos seguían montando en el camión. Nos apretaban contra el fondo.

*(Pedía que lo mataran...)*

Y cuando ya no cabía nadie más, nos empujaban más fuerte para meter al resto.

*(...y los soldados se reían de él).*

En el interior del camión, la gente hablaba en voz baja.

*(¿Qué se dirían? No sé si lo recuerdo o lo imagino. Suelo pensar que alguien dijo "¿A dónde nos llevan?" Y tal vez otro respondiera "Van a matarnos". Y el siguiente negara "¿Por qué dices eso? ¿Qué motivos tienen?" Y de nuevo el primero "Ninguno. Pero si no, ¿a qué viene todo esto?" O quizá concediera un "No ganan nada". Y todos asintieran "Es verdad, no ganan nada"...)*

Al cabo de un rato el camión paró. Nos fueron bajando uno por uno y nos vendaban los ojos al salir.

*(Conmigo no tuvieron ese gesto. Quizá ellos también pensaban, como tú, que los niños no entienden. O les daba igual).*

Nos colocaron de nuevo en línea.

*(Pero esta vez no nos separaron. Yo estaba de pie junto a mi padre. Se llamaba Ángel).*

Le pedí piedad a Jesucristo, y protección a María Makiling mientras te abrazaba.

*(No. Yo estaba agarrando fuerte su pantalón).*

Luego escuchamos unos chasquidos metálicos.

*(Y él colocó su pierna entre la ametralladora y yo...)*

Y luego un silencio.

*(...como si pudiera...)*

Te estreché contra mi pecho.

*(...protegerme o algo...)*  
Empezaron a sonar las balas.  
*(Y los gemidos).*  
Los cuerpos cayendo.  
*(Varios impactos sacudieron a mi padre).*  
Y entre las balas, había una que iba directa a tu cabeza.  
*(Salpicándome de su sangre).*  
Pero que me dio aquí, en la mano.  
*(Caímos los dos juntos a la fosa).*  
Tirándonos hacia atrás.  
*(Él ya muerto. Yo inconsciente).*  
Pero se quedó ahí. Protegiendo tu frágil cabecita de bebé.  
*(...)*